

LIBRO QUINTO

ABASIDAS Y FATIMITAS

CAPITULO PRIMERO

CALIFAS Y PRETORIANOS

Durante algo más de cien años los árabes tuvieron sujeto al pueblo persa bajo el régimen del sable, y durante otro siglo escaso ambas nacionalidades, en rivalidad, ora pacífica, ora armada, se disputaron la supremacía dentro del califato: que en la época de que tratamos se separaran, es prueba evidente de cuán imposible habría sido á la larga la sujeción de la una á la otra. Si los persas habían consumido en las campañas de Abu Muslim y de El-Ma'amun su fuerza militar —que no volvió á organizarse jamás en todo su desarrollo, — hasta el punto de que apenas tuvieran más empeño, por el pronto, que la conservación de la independencia que acababan de conquistar, los árabes, por su parte, así los de la Arabia como los de la Siria y del Egipto, habían recaído en tiempo de los abasidas en el antiguo particularismo de tribu, convirtiéndose los del Irak en un pueblo de industriales, comerciantes y sabios, cuyas aficiones y aptitud para las armas menguaban cada día. Ya hemos visto que desde la última guerra civil las tropas del Irak se habían mostrado inferiores á lo que de ellas debía esperarse, sobre todo en la lucha con Babek y los bizantinos. A todo esto se agregaban las dificultades que suscitaba á los gobernantes el espíritu cada día más refractario de las masas en las grandes ciudades, particularmente en Bagdad. Ya El-Raschid encontraba á veces que le faltaba el aire en medio de su fiel populacho de la capital, y en el año 187 (803) se retiró á Rakka, junto al Eufrates, porque le molestaba «el vaho de la gran ciudad.» El-Ma'amun era de constitución más robusta, y residió en Bagdad; cierto que la capital debía de estar dispuesta al reposo por algún tiempo tras las devastaciones que había sufrido; pero más que en esto, fiaba el califa en sus tropas no árabes, con las cuales mantenía en la obediencia á sus amados súbditos. Se componían éstas, como es de suponer, de gentes de las provincias orientales, en parte persas, pero también, y en no escaso número, turcos de la Transoxania, particularmente de las comarcas de Osrusana y Feigana, cuyas montañas albergaban tribus robustas y vigorosas. Eran éstas las que habían opuesto más tenaz resistencia á la conquista árabe, y hacía bastante tiempo que los cautivos que de ellas procedían estaban al servicio de los personajes más encumbrados del califato en calidad de guardias personales, pudiendo contar incondicionalmente con ellos mediante buena paga y alguna liberalidad. Ya en tiempo de los primeros abasidas (1) vemos figurar á libertos

(1) Por lo que sabemos, ya en tiempo de El-Mansur; haciéndose mención en el año 137 (754-755) de un liberto de origen turco como jefe militar de una ciudad tan importante como Hamadan (Tab. III, pág. 118, 5-7).

turcos, y en número lentamente progresivo, entre los oficiales del ejército, y en el reinado del Ma'amun, ocupar mandos importantes: de Osrusana procedía Heider Ibn Ha'aus, llamado *El Afschin*, el cual reprimió la gran rebelión egipcia. Había naturalmente muchos turcos también entre los soldados rasos, así como bereberes, los cuales debían de abundar, por ejemplo, en el ejército de Afschin, reclutado en Barka. Era, pues, lógico que se concibiera el propósito de formar el núcleo del ejército con hombres de estas razas, aun en su primer vigor, en vez de formarlo con árabes y persas, que iban perdiendo toda aptitud militar; y Motasim (218-227 = 833-842) no hizo más que dar el último paso, si bien el decisivo, en este sentido, cuando, tan pronto como subió al trono, mandó alistar á millares tropas de esas procedencias (2). Vióse obligado á ello principalmente por la insubordinación que estalló á la muerte de El-Ma'amun en el propio ejército que á sus órdenes luchaba contra los griegos, y que quería proclamar en su lugar á Abbas, hijo del difunto califa; para asegurarse en el trono, Motasim tuvo que interrumpir la guerra con los bizantinos, mandando arrasar la demasiado avanzada fortaleza de Tyane, licenciar el ejército y regresar á la capital.

Los regimientos de guardias turcos y bereberes se organizaron con suficiente rapidez para que el nuevo califa pudiera consolidar definitivamente su posición, y la manera como se portaron en las guerras contra Babek y los bizantinos pareció confirmar la eficacia de esta medida. Sin embargo, pronto debían manifestarse también sus muy graves inconvenientes. En las comarcas pantanosas del bajo Eufrates, entre Basora y Wasit, moraban desde los tiempos de la conquista árabe los *Seth*, ó gitanos, que en la época de los sasanidas habían emigrado á la Persia, estableciéndose en aquellas tierras. Se habían adherido desde luego á los árabes y sus contingentes se habían hermanado perfectamente desde entonces con los demás del Irak en las guerras del Islam. Pero desde la muerte de El-Ma'amun andaban alborotados y se habían hecho molestos en aquellos alrededores con sus tropelías y merodeos, hasta que un caudillo árabe, Odscheif Ibn Ambasa, logró imponerles duro castigo. Este mismo Odscheif tuvo luego ocasión de distinguirse al lado de los turcos en las nuevas guerras que se emprendieron contra los bizantinos; pero cuando éste vió que el califa adjudicaba á sus guardias la parte del león en las recompensas por sus campañas, se sintió postergado y aprovechó el odio de las tropas árabes contra las exóticas para promover una conjuración con objeto de destituir al califa y poner en su lugar á Abbas. Esta conspiración fué descubierta, costando la vida así á sus jefes como al desgraciado príncipe (223 = 838), y contribuyó, como era natural, á aumentar la desconfianza

(2) Según una versión, parece que hasta el número de 70,000.

de Motasim hacia los árabes y su ciega parcialidad en favor de los turcos. Si éstos habían podido ya cometer impunemente con los pacíficos ciudadanos y no menos pacíficas milicias de Bagdad todos los atropellos en que puede regodearse una soldadesca grosera y desenfrenada, su arrogancia y sus desafueros llegaron á ser entonces de todo punto insostenibles, y produjeron la más honda irritación entre los habitantes de la capital, ya hartos disgustados por motivos religiosos. En pocos años perdió la casa reinante el resto de la lealtad que acaso aun le tributaba la ciudad de El-Mansur, contribuyendo no poco á ello que á fines de 220 (835) Motasim, á quien no podía ocultarse ya el creciente descontento de Bagdad, adoptara también la desdichada resolución de El-Raschid de trasladar su residencia á una población más pequeña, estableciendo su corte en Samarra, 15 millas más río arriba. En el transcurso del año 221 (836) quedaron construidos en tan insignificante ciudad provincial, cuyo nombre se transformó en el altisonante de *Surrman ra*, «alegría del que la mira,» además de un soberbio palacio para el califa, centenares de grandiosos edificios para los oficiales superiores y funcionarios palaciegos, así como cuarteles para los guardias turcos y berberiscos: un Versalles lejos del París, con cuya capital puede ser justamente comparada la Bagdad de entonces. Allí estaban los califas seguros de no oír los lamentos de los habitantes de la capital; pero, y esto no lo tuvo presente Motasim, allí también se encontraban él y sus servidores aislados de todo el auxilio que podrían necesitar cuando llegase el momento de que las huestes mercenarias tuvieran la noción de su propia fuerza y quisieran imponerse como amos. Verdad es que por sí mismo nada tenía que temer Motasim en este sentido: en energía y vigor personal, rudeza y tosquedad no le aventajaba ningún turco; era además bastante sagaz para conocer cuando alguno de los oficiales superiores empezaba á crecerse demasiado, y como buen abasida encontraba siempre ocasión y motivo para deshacerse del incauto. Así lo hizo con el primero y más probado de los generales turcos, Afschin, que había sabido terminar victoriosamente la guerra de veinte años con Babek (222 = 837) y ganar gloriosos laureles contra los bizantinos en el Asia Menor (223 = 838). Entonces no se le regatearon ni las distinciones honoríficas ni los regalos preciosos: de tal modo inspiraba temores al califa aquella guerra con los khurramitas, que mandó establecer entre el cuartel general y Samarra un servicio de correos perfectamente organizado, mediante el cual se recibían en cuatro días despachos que habían de recorrer una distancia de más de cien millas alemanas, la mayor parte de camino muy escabroso.

El vencedor fué honrado finalmente con una diadema y dos tahalés cuajados de piedras preciosas, distinciones muy envidiadas y significativas de la más elevada categoría, casi real, y además dinero y otros bienes sin tasa; pero tres años después moría lentamente de hambre en un calabozo, no habiéndose atrevido Motasim á mandarle ajusticiar públicamente por temor á los soldados turcos. Celoso Afschin de la posición independiente de los tahiritas en el Este, había excitado á Masiyar Ibn Karin, Ispehbed del Tabaristan, contra Abdallah Ibn Tahir, probablemente con objeto de que se le enviase allí á reprimir aquel movimiento, y una vez logrado esto, valerse de la mayor importancia así adquirida para arebatar su feudo á los tahiritas, bajo cuya jurisdicción estaban las comarcas turcas del otro lado del Oxo, y fundar en el suelo patrio un propio Estado independiente. Motasim tuvo noticia de estas intrigas, y tan pronto como Abdallah Ibn Tahir hubo reducido á la impotencia al Ispehbed, fué acusado Afschin de ateísmo, pretexto al cual, así entonces

como en tiempo del Mahdi, se apelaba para acabar con el hombre que se hacía peligroso. Pero ya se podía prever que no siempre resultarían vencedores los califas en los nuevos conflictos que llegasen á suscitarse entre ellos y los jefes superiores de los pretorianos, y no fueron menos graves las consecuencias que en otro sentido tuvo semejante estado de cosas. Eran, naturalmente, mucho más costosas estas tropas asalariadas que los ejércitos árabes y persas de otros tiempos, y cuanto más necesitados se veían los monarcas de la buena disposición de sus guardias, tanto mayor era su impotencia para resistir las siempre crecientes pretensiones de los codiciosos mercenarios. A cada cambio de soberano, — y estos cambios se repetían con creciente frecuencia, — no había más remedio que vaciar las arcas del tesoro para lograr que los jefes más influyentes reconociesen al nuevo califa, y luego no faltaban nunca pretextos para hacer más insolentes exigencias. Según se nos refiere, en el reinado de Mo'otás (252-255 = 866-869) los gastos del ejército asalariado importaban anualmente dos millones de dinares de oro, suma equivalente á dos anualidades del producto del impuesto del jaradsch en todos los dominios que aun restaban al imperio; y esto no representaba más que los sueldos y raciones corrientes. En tales circunstancias, el visir del califa no tenía más tarea que allegar dinero y más dinero. Ya Motasim había destituido al visir Fadl Ibn Merwan, poco después de alistados sus turcos, porque no podía satisfacer las demandas de la corte; y si antes se había dado ya el caso de que funcionarios en posiciones influyentes, de las que se suponía, — raras veces sin motivo, — que podían haber engordado bastante á expensas de los caudales del Estado, fueran de repente destituidos de sus cargos y despojados de sus bienes, esto se convirtió muy pronto en regla general, como también la práctica inmoral, originada por las mismas exigencias, que se fué estableciendo paulatinamente, de no conceder empleo ni feudo alguno sino mediante pago de considerables sumas de dinero. Aquello era el saqueo convertido en sistema general: los guardias exigían del califa; éste del visir; el visir de los administradores de hacienda, y éstos de los súbditos. La incertidumbre en que estaba cada uno respecto de la conservación de su empleo, y la seguridad que en cambio tenía de que al ser destituido se le exigirían cuantiosas sumas, eran acicates que excitaban á los empleados á esquilmar en todas formas á la población siempre que podían. La población, cuyas fuerzas productivas se agotaban cada día más, abrumada ya con las revueltas y guerras intestinas y las tropelías de turcos y bereberes, había llegado al último grado de desesperación, y debía hacer bambolear los mismos cimientos del Estado en furiosa oleada revolucionaria, precisamente cuando una inesperada exaltación de la decaída dinastía parecía prometer la vuelta de mejores tiempos.

La decadencia del califato abasida hasta su más vergonzoso rebajamiento, producido por el régimen pretoriano, se consumó en el breve plazo de treinta años. Motasim falleció en 227 (842); su hijo, que le sucedió teniendo unos treinta años de edad, Harun *El-Wathikbillah*, «el que confía en Dios,» (227-232 = 842-847), solo se cuidaba de satisfacer su concupiscencia, teniendo además alguna afición á versos é historietas, y creía que la misión principal del monarca se concretaba á hacer extorsiones de dinero á los altos empleados y perseguir á los rebeldes ortodoxos de Bagdad. Seguíase exigiendo á éstos que reconociesen el dogma de la creación del Corán, no porque Wathik ó su padre se interesaran por las doctrinas de los teólogos motasilitas de la corte, sino porque les irritaba que quisiera tener opinión propia la capital. A la postre, acabó ésta por perder la paciencia, y Ahmed Ibn Nasr, uno de los que se habían distinguido en